**Los riesgos del glifosato**

**Lilia América Albert**

Por muchos años, el herbicida glifosato fue considerado seguro; se suponía que no causaba daños graves en el ambiente y no afectaba la salud humana, lo que era una ventaja importante sobre otros herbicidas como paraquat o 2,4-D, cuyos efectos adversos en la salud y el ambiente son bien conocidos. Pero esa visión está siendo destruida a pasos agigantados.

El glifosato es el herbicida de mayor uso en el mundo. Es producto de Monsanto y uno de los dos herbicidas con resistencia a los cuales esa empresa ha desarrollado organismos transgénicos; su importancia es que, en las grandes extensiones dedicadas a cultivar soya o maíz transgénicos, se pueden aplicar grandes cantidades de glifosato para acabar con las malezas sin que se afecte al cultivo de interés, lo que reduce el costo de mano de obra.

En marzo pasado, la Organización Mundial de la Salud (OMS) confirmó lo que científicos independientes y multitud de organizaciones civiles han afirmado desde hace mucho: el uso y consumo de cultivos transgénicos puede ser nocivo para la salud y para el ambiente, porque más de 84 % de los cultivos transgénicos son profusamente rociados con glifosato, al cual son resistentes y que, después de analizar la información disponible, un grupo de 17 expertos de 11 países, concluyó que el glifosato es cancerígeno.

Este plaguicida se asperja masivamente sobre los [cultivos cuando ya están produciendo frutos o semillas](http://edition.cnn.com/2015/01/27/opinion/schubert-herbicides-crops/), por lo que, en lugar de quedarse en la superficie, penetra en las células vegetales, lo que impide que se elimine lavando los alimentos.

[El Departamento de Agricultura de Estados Unidos informó que cerca de 90 % del maíz que se siembra actualmente en ese país es transgénico, y tolerante a herbicidas como el glifosato](http://www.ers.usda.gov/data-products/adoption-of-genetically-engineered-crops-in-the-us/recent-trends-in-ge-adoption.aspx), lo que puede ser una de las causas del aumento de muertes por 22 enfermedades en aquel país.

En vista de la clara asociación entre el consumo de alimentos contaminados con glifosato y el desarrollo de numerosas enfermedades, que el glifosato es cancerígeno, y que en México consumimos gran cantidad de alimentos a base de maíz, urge averiguar si el maíz transgénico contaminado con glifosato que se importa llega a nuestros alimentos, pues esto podría implicar una crisis sanitaria grave e inaceptable.

Esto sería responsabilidad de los encargados de agricultura, salud y bioseguridad en el país, y, también, de las industrias procesadoras y comercializadoras de semillas y granos de maíz que, en su búsqueda de mayores ganancias, podrían estar importando y usando maíz barato contaminado.

Para predecir los riesgos, basta con ver lo que está pasando en Argentina. En 1996 se aprobó allá la soya transgénica. Desde entonces, se han dedicado grandes extensiones a su cultivo, con importantes ganancias: por ejemplo, en 2001 la tonelada de soya valía 160 dólares US; en 2013 ya había llegado a 600 dólares. Con un rendimiento de tres a cuatro toneladas por hectárea y costos de producción de 200 a 250 dólares US por hectárea, las ganancias son enormes.

Como consecuencia, la agricultura industrial en Argentina ha aumentado casi 50 % y ahora hay 28 millones de hectáreas de cultivos transgénicos, sobre todo, soya, maíz y algodón. El modelo agrícola prevaleciente se basa en la siembra de semillas transgénicas y la aplicación de grandes cantidades de plaguicidas en una zona en la que los cultivos transgénicos coexisten con más de 12 millones de personas en cuya salud los plaguicidas están causando destrozos enormes, pues su uso, sobre todo, el de glifosato, ha aumentado exponencialmente. Así, en 1990 se aplicaban 30 millones de litros de este producto y, durante la temporada 2012-2013, se aplicaron 318 millones de litros.

Por años ha habido quejas sobre los daños en la salud de quienes viven en estas zonas pero, como es muy frecuente, las empresas productoras y las corporaciones agroindustriales han negado estos daños; sin embargo, desde hace tiempo, algunos investigadores han afirmado que “la prueba de los efectos de los agrotóxicos no hay que buscarla en los laboratorios, sino en las comunidades fumigadas.”

De hecho, poco a poco se ha ido reuniendo información que demuestra que los daños que causa el glifosato en las zonas de cultivos transgénicos son muy graves y afectan literalmente a millones de personas. Entre quienes han estudiado el problema y reunido datos que lo documentan está la Red Médicos de Pueblos Fumigados, integrada por profesionales de diferentes áreas de salud, antropología, trabajo social.

Después de 18 años del uso creciente de plaguicidas en estas zonas, los Médicos de Pueblos Fumigados han demostrado en ellas un cambio epidemiológico. Encontraron que los problemas respiratorios y la dermatitis crónica son más frecuentes en sus habitantes y que las crisis epilépticas, la depresión, la diabetes y los trastornos endocrinos, del sistema inmunitario y tiroideos aumentan en ellas durante las temporadas de fumigación.

Hasta 23 % de las mujeres en edad reproductiva han tenido al menos un aborto y las consultas por problemas de infertilidad en hombres y mujeres han aumentado de manera importante. Cada vez hay más malformaciones congénitas, especialmente si los primeros meses del embarazo coinciden con la temporada de fumigación y cada vez con más frecuencia se diagnostican síndrome de Down, espina bífida, defectos del tubo neural y cardiopatías congénitas. En algunos pueblos, en los cuales hay fumigación alrededor de las zonas habitadas, las tasas rebasan con mucho a las normales; por ejemplo, en pueblos de 4,000 habitantes se llega a seis niños, cuando la prevalencia en el país es de un caso por millón.

También hay un aumento notorio de cáncer; esta tendencia se empezó a notar en el año 2000 y coincide con la expansión del uso del glifosato. Por ejemplo, en 2008 en Argentina había 206 casos de cáncer cada 100 mil habitantes. En algunos pueblos actualmente hay hasta dos mil casos por 10,000 habitantes, casi diez veces más. Pero, lo que más llama la atención, es que no aumenta el tipo de cáncer que había antes sino que aparecen nuevos: linfomas, leucemias, cáncer de tiroides, páncreas y mamas.

Los plaguicidas afectan a todos, pero la gente pobre, los jornaleros y sus familias son los que están menos protegidos y, por lo tanto, su salud es la más afectada.

Si nuestras autoridades de salud y agricultura tuvieran el mínimo compromiso con sus responsabilidades constitucionales, ya se habrían informado de lo que anunció la OMS y de lo que está pasando en Argentina; por lo tanto, ya estarían imponiendo restricciones en el uso de glifosato y el cultivo y venta de organismos transgénicos en lugar de, como hizo en diciembre pasado el titular de la Cofepris, anunciar que ya autorizó la venta de 132 transgénicos, de los cuales 50 % es maíz y, el resto, algodón, soya y canola, olvidando que su responsabilidad es protegernos contra los riesgos sanitarios o, como ha pasado con Semarnat y Sagarpa, las que han denunciado legalmente a quienes se oponen a que en México se autorice la siembra comercial de maíz transgénico.

Más información en:

 <http://www.i-sis.org.uk/Devastating_Impacts_of_Glyphosate_Argentina.php>

[www.jornada.unam.mx/2015/04/17/opinion/020a2pol](http://www.jornada.unam.mx/2015/04/17/opinion/020a2pol)